

MUJER, POBREZA Y POBLACIÓN*

GITA SEN

12.54
Se 551
4984

Las diferencias en la forma de percibir las vinculaciones entre población y medio ambiente se hicieron particularmente agudas durante el período preparatorio de la Conferencia de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, conocida también como Cumbre de la Tierra y Rfo 92. El desacuerdo entre los países del Norte y del Sur acerca del grado de atención que se debe prestar al tema poblacional recibió considerable publicidad durante las reuniones preparatorias previas a la conferencia. También a nivel no gubernamental, el tema poblacional ha sido últimamente objeto de considerable debate entre ambientalistas (especialmente los del Norte), feministas y los que se ocupan de la cuestión poblacional.

A menudo la base de estas diferencias resulta desconcertante; la aparente falta de voluntad para llegar a compromisos, o para reconocer los obvios méritos de las opiniones opuestas parece indicar una falta de rigor analítico. El debate —al menos para algunos— parece estar basado en diferencias sustentadas apasionadamente, pero en último término efímeras. Desco argumentar que, aunque las posiciones adoptadas en el debate de las

* Este artículo, cuyo título original es "Mujer, Pobreza y Población - Temas para el Ambientalista Comprometido", aparecerá en un libro de ensayos titulado *Population and the Environment: Rethinking the Debate (Población, y Medio Ambiente: Repensando el Debate)* editado por Lourdes Arizpe, Priscilla Stone y David Major. Este libro emergió de una conferencia patrocinada conjuntamente por el International Social Science Council (ISSC, "Consejo Internacional de Ciencias Sociales"), el Social Science Research Council (SSRC, "Consejo de Investigación en Ciencias Sociales") y Mujeres por un Desarrollo Alternativo (MUDAR)/Development Alternatives with Women in a New Era (DAWN). La conferencia y el libro apuntan a reformular el debate sobre los vínculos entre población y medio ambiente, tomando en cuenta las complejas relaciones existentes y las experiencias y perspectivas de las mujeres pobres del Tercer Mundo.

políticas a veces han sido exageradas, algunas de las posturas contrapuestas tienen raíces más profundas. Surgen más de diferencias conceptuales y posiblemente paradigmáticas que de desacuerdos respecto al "valor de la verdad" que tienen proposiciones científicas particulares. Estas dan forma a la percepción que tienen los protagonistas de los problemas, a los métodos analíticos que se usan, y al peso que se le asigna a diferentes vinculaciones y relaciones. En particular, las diversas opiniones en cuanto a estrategias de desarrollo, y el rol que juegan las relaciones de género en la forma que adoptan esas vinculaciones tiñen las posiciones adoptadas en el debate.

Este documento intenta examinar las diferentes perspectivas que sobre estas cuestiones sustentan científicos ambientales y activistas ambientales¹ por un lado, y los investigadores de la salud de la mujer y activistas feministas por el otro. Su motivación es doble: primero, identificar las posiciones adoptadas por estos dos grandes grupos dentro de los discursos más amplios sobre desarrollo y población; y segundo, proponer una posible base para un mayor entendimiento mutuo².

A primera vista, ésta podría parecer una tarea imposible, ya que las diferencias parecen ser fundamentales. Muchos ambientalistas piensan que el crecimiento poblacional es una causa mayor de la degradación ambiental, mientras que muchas feministas argumentarán que el crecimiento poblacional en sí mismo simplemente no es un contribuyente significativo a los problemas ambientales³. El doble objetivo de este documento se asienta en la premisa de que —pese a las notorias divergencias en sus opiniones sobre población— los ambientalistas y los defensores de la salud de la mujer tienen mucho en común. Comparten una crítica similar a los padrones de crecimiento económico; que los actuales padrones dominantes del crecimiento económico son insustentables, ya sea desde el punto de vista de un ecologista como desde el punto de vista de la supervivencia humana y de la justicia. Además, importantes secciones de ambos grupos derivan sus conocimientos de su activismo de base y comunitario, lo que genera no sólo un escepticismo compartido ante los intereses dominantes, sino también la actitud de apoyarse en métodos de participación popular para tomar las decisiones de desarrollo.

1. La discrepancia abordada en este documento es la que hay entre los ambientalistas de la "corriente principal", del Norte, e investigadores de la salud de la mujer y activistas feministas tanto del Norte como del Sur.

2. Mi propia posición es la de una persona que ha llegado a estos debates tras un historial de trabajo en las cuestiones del género y del desarrollo, y el documento forzosamente se inclinará fuertemente a exponer las posiciones adoptadas desde dentro de los movimientos de mujeres. No pretendo poder explicar cómo la corriente principal del movimiento ambientalista (especialmente en el Norte) ha llegado a las particulares definiciones que tiene del "problema poblacional".

3. Para un ejemplo de la primera opinión, ver *Consortium for Action to Protect the Earth* (1992); de la segunda, ver *Committee on Women, Population and the Environment* (1992).

Estas coincidencias proveen fuertes razones para creer que los dos grupos pueden forjar alianzas más estrechas en la conformación de una política de desarrollo, siempre que haya mayor claridad no sólo respecto a las opiniones sustentadas, sino además sobre cómo encajan en la evolución del discurso más amplio sobre desarrollo y población. Por otra parte, se podría perder una oportunidad única si, por ejemplo, la preocupación de los grupos ambientalistas de la corriente principal del Norte por el rápido crecimiento poblacional sigue simplemente la línea de la preocupación demográfica tradicional, sin una adecuada apreciación de los valores subyacentes y de las diferentes percepciones de las experiencias, y sin una sólida evidencia respecto a cómo se entrecruzan realmente población, medio ambiente y desarrollo. Aunque en este momento este peligroso proceso está en curso, también hay un fuerte disenso desde el interior del propio movimiento ambientalista⁴, como también en el campo de la cuestión poblacional. Irónicamente, el ambientalismo nortino de corriente principal parece estar redescubriendo formas anticuadas de pensar acerca de la población precisamente en un momento en que el propio campo de la política poblacional ha comenzado a reaccionar ante los cuestionamientos internos, a distanciarse de la vieja línea de los imperativos demográficos, y a hacerse más responsable a la preocupación por la salud reproductiva y a las lecciones aprendidas en cuatro décadas de experiencia en terreno en planificación familiar.

Por lo tanto, construir sobre la base de las coincidencias entre el ambientalismo y el movimiento por la salud de la mujer no resultará fácil. Pero aún es posible. Requerirá 1) claridad de entendimiento respecto a importantes cambios y controversias tanto en el pensamiento sobre desarrollo como en el de población, y respecto a la historia del movimiento en tomo a población y 2) el desarrollo de un conjunto concreto de recetas compartidas respecto a cómo pueden hacerse avanzar mutuamente tanto los intereses de salud de la mujer/población como las preocupaciones ambientalistas del Norte. El reconocimiento de la evolución de las controversias en el campo poblacional y de *cómo han sido influenciadas éstas por los cambios en el pensamiento sobre desarrollo* podría proveer una necesaria corrección de la creencia de que la cuestión población es un simple problema numérico susceptible de un fácil arreglo tecnológico. Las siguientes secciones del documento tratan de proporcionar los bloques para construir tal entendimiento.

4. Ver, por ejemplo, Lohman (1990) y Erickson (1990), para el pensamiento ambientalista que vincula la preocupación ecológica con cuestiones de justicia social.

En las cinco décadas transcurridas desde el término de la Segunda Guerra Mundial, a medida que tomaba forma la agenda del desarrollo, el debate público acerca del desarrollo socioeconómico ha sufrido muchos giros y vuelcos. Durante los años 1950 y 1960, existía gran optimismo acerca de las posibilidades de acelerar el ritmo del crecimiento económico en los estados recién independizados de Asia y África. Esto, combinado con realistas evaluaciones del círculo vicioso de pobreza y retraso, otorgaron considerable legitimidad a proyectos de planificación para el crecimiento dirigidos por el Estado. Se consideraba que la principal tarea era la necesidad de elevar el volumen disponible de capital físico, acelerando la inversión y movilizándolo a través del uso doméstico del "exceso" de fuerza laboral, así como el flujo de capital foráneo (en diferentes formas) para complementar el ahorro interno agregado. Estos tempranos argumentos de economía de oferta (*supply-side*) imaginaban para el Estado un papel conductor y eran reforzados por argumentos a favor de la sustitución de las importaciones y la protección de los mercados internos.

Si bien durante esta fase existía un contra-argumento emergente a favor del libre comercio y de la inversión privada, no había un verdadero cuestionamiento de la primacía del papel del Estado en la movilización y asignación de los recursos económicos⁵. Las posiciones de cada lado en el debate sobre mercados libres versus sustitución de importaciones a veces han sido vistas como representando una lucha entre diferentes grupos de productores, diferentes intereses corporativos, o diferentes sectores de los grupos dirigentes; sea como sea, todos ellos creían en la importancia del Estado y en el objetivo primario de elevar la tasa de crecimiento económico. Esta creencia animaba también la asistencia al desarrollo proporcionada por la mayoría de las agencias donantes⁶.

Para fines de los años 1960, comenzaban a emerger críticas a este enfoque por considerarlo una estrategia de "chorreo", que no sólo era ineficaz para elevar el nivel de vida general de muchos países, sino que

5. El gran debate sobre desarrollo de comienzos y mediados de los años 1960 en Asia era en torno a metodologías y técnicas de planificación. En América Latina había un creciente debate entre los estructuralistas agrupados en torno a la CEPAL (Comisión Económica para América Latina de Naciones Unidas) y los monetaristas, encabezados por el FMI (Fondo Monetario Internacional) sobre las causas y remedios para los problemas de inflación y balanza de pagos. Si bien el debate latinoamericano se adelantó a los argumentos neoliberales de subsidiariedad propugnados por el Banco Mundial en los años 1980, en su momento no fue visto como un ataque al estado mismo.

6. Durante este período la única agencia internacional importante que propugnaba controles más estrictos sobre la asignación de los recursos económicos por parte del estado era el FMI; en ese tiempo, el Banco Mundial no cuestionaba seriamente el papel del estado.

había puesto en movimiento procesos que llevaban a la expropiación de recursos por parte de los poderosos tanto entre las naciones como al interior de ellas.

La crítica de la escuela de la "dependencia" al orden internacional de política económica complementaba los nuevos argumentos sobre la política a seguir que emergían a favor de apuntar directamente al alivio de la pobreza y a la satisfacción de las necesidades básicas.

Al interior de las agencias de desarrollo la atención se desplazó del crecimiento económico per se a los derechos y necesidades de los pobres⁷. La reducción de la pobreza y/o la equidad social no parecían seguir automáticamente a un crecimiento económico alto, como lo evidencian, por ejemplo, el caso de Brasil, el cual creció rápida pero de forma desigual en la segunda mitad de los años 1960. Por otra parte, el desarrollo social —y especialmente la satisfacción de necesidades básicas tales como salud, educación, vivienda, salubridad, y sustento de vida seguro— no parecía necesitar tasas más altas de crecimiento económico como requisito previo. En esto, tanto la experiencia de países socialistas (China), como de países no socialistas (Sri Lanka y Costa Rica), comenzó a ser documentada como casos en los que las necesidades básicas habían sido satisfechas en ausencia de un alto crecimiento económico. La creciente importancia acordada a las necesidades básicas en las orientaciones programáticas elaboradas en el Banco Mundial y en la Organización Internacional del Trabajo dieron fuerza al argumento de que el desarrollo social debía ser abordado *directamente*, y no como un incierto efecto secundario del crecimiento económico.

En la economía política global, el auge de los precios de los productos primarios y el espectacular éxito de la OPEC en lograr una cuota mayor de las rentas de la producción petrolera despertó optimismo entre los países del Tercer Mundo en cuanto a la posibilidad de crear un Orden Económico Internacional Nuevo. En los países del Tercer Mundo, los años 1970 fueron testigo de considerable experimentación con caminos y modelos de desarrollo alternativos. La experiencia de estados socialistas tercermundistas, como Cuba, China y Vietnam, de enfrentar los problemas de las necesidades básicas con equidad, ejerció influencia en países como Jamaica, Nicaragua y Mozambique. Estos experimentos respondieron al crecimiento de los movimientos sociales —comprendiendo distintas combinaciones de obreros industriales, campesinos, estudiantes, las "clases medias" y otros— alimentados en los años 1960 por inequitativos patrones de crecimiento

7. El año 1972 la Organización Internacional del Trabajo definió por primera vez (en una misión a Kenia) el concepto de necesidades humanas básicas, incluyendo en ellas la salud, educación, alimentación adecuada, agua pura, salubridad, vivienda apropiada, etc. El concepto fue adoptado por el Banco Mundial y rápidamente adquirió actualidad en el pensamiento sobre desarrollo de la década.

aunados a la opresión de regímenes dictatoriales. Estos movimientos exigían cambios económicos y participación política. Parte importante de su cuestionamiento era la crítica de practicantes no gubernamentales del desarrollo y de otros, contra los métodos burocráticos de planificación y de implementación, los cuales ignoraban o excluían las opiniones/necesidades de la gente, alienándola con ello.

Los años 1970 fueron testigo además del surgimiento de un movimiento de la mujer. Aunque se apoyaba en otros movimientos sociales trató de definir sus propias agendas, en las cuales las posibilidades de la igualdad de género eran vistas como parte de los nuevos enfoques del desarrollo en general⁸. Los grupos de salud de la mujer fueron una parte vital de este movimiento. Su base popular derivaba del trabajo activista que tenía que ver con los problemas de salud de la mujer en comunidades pobres urbanas y rurales⁹. En el curso del proceso muchos de esos grupos llegaron a dos importantes conclusiones: primero, que la salud de la mujer sólo puede ser abordada con éxito dentro del contexto de la salud de la comunidad en general, así como de las necesidades básicas tales como educación, salubridad, agua pura y nutrición, y sustento de vida; segundo, que el enfoque burocrático de la planificación familiar no sólo era ineficiente para proporcionar el servicio que pretendía, sino que a menudo le creaba a la mujer problemas de salud reproductiva, violaba su dignidad básica como ser humano, y distraía recursos de otras atenciones de salud primaria y preventiva. Comenzaron a cristalizar enérgicos llamamientos a repensar las políticas de población y a renovar los programas de población¹⁰.

Así, los años '70 fueron un período de considerable fermento y cambio, con el surgimiento de nuevas ideas, nuevos actores y nuevos enfoques de políticas. Por contraste, los años '80 fueron testigo de significativos retrocesos tanto en el pensamiento como en la política del desarrollo. Subversiones y agresiones apoyadas desde el exterior, junto con la opresividad del centralismo burocrático, socavaron la capacidad y legitimidad de los experimentos socialistas en el Tercer Mundo. El lento crecimiento de la economía y del comercio mundiales se combinaron con la crisis de la deuda externa para poner sobre el tapete argumentos en favor de la austeridad y del juego del mercado. Se implementaron programas de ajuste estructural en país tras país, generalmente acompañados de la protesta

8. Para una historia de tales enfoques en los años '70 y '80, ver Sen y Grown (1987).

9. El origen social de los grupos de salud de la mujer varía, dependiendo de las historias y experiencias de los distintos países. Muchas activistas progresistas llegaron a darse cuenta de la importancia de preocuparse de la salud de la mujer y de tener buenos servicios de salud reproductiva sólo en el proceso de trabajar con mujeres a nivel de organizaciones populares de base, cuyas preocupaciones primarias inicialmente no fueron en absoluto la salud de la mujer.

10. Ver Hartmann (1987).

popular al elevarse el costo de vida y bajar el nivel de vida. Como en los años 1960, salieron a la palestra argumentos de economía de oferta (*supply-side*) centrados en sentar una base para el crecimiento económico. Había, sin embargo, diferencias claves entre los argumentos de crecimiento de los años '60 y los de los años '80. El Estado ya no era visto como un motor para el crecimiento; sus funciones debían minimizarse. El crecimiento mismo debía basarse no en la creación de un mercado interno, sino en su vinculación con la economía global en los términos impuestos por esta última; o sea, a través de una exportación competitiva basada en la mano de obra barata, considerada el "recurso" más disponible del Tercer Mundo¹¹.

El predominio de tales opiniones y las políticas basadas en ellas no han dejado de ser impugnadas. Entre las agencias internacionales de política del desarrollo, las opiniones sostenidas en el Banco Mundial y en el FMI van en contra de las posiciones sustentadas por la OIT, UNICEF, y PNUD (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo). Este último pone más énfasis en las necesidades básicas, en la importancia de desarrollar los "recursos humanos", y en los problemas inherentes a la promoción de cambios estructurales e institucionales en las desiguales economías global y nacionales.

También han crecido los cuestionamientos internos dentro de los países, con más llamados a la democracia y a la participación popular. Al mismo tiempo, los movimientos sociales en el Tercer Mundo han vinculado las preocupaciones por el medio ambiente al deterioro de la base de recursos de la gente pobre, consecuencia de procesos de desarrollo inequitativos. Muchos de esos movimientos se oponen enérgicamente a los actuales patrones de desarrollo (en primer término a su variante de ajuste estructural) por considerar que destruyen tanto el medio ambiente como la base de subsistencia de grandes grupos de personas¹². *Pocos de tales grupos –si es que hay alguno– estarían de acuerdo en que el crecimiento poblacional es una causa mayor del daño ecológico local; basados en su experiencia en la base, sienten que las políticas gubernamentales al servicio de poderosos intereses privados son un factor causante mayor.* A menudo en estos grupos participan muchas mujeres, las cuales –como las que tienen la responsabilidad de proveer las necesidades básicas del hogar– frecuentemente se percatan muy bien tanto de las causas como de las consecuencias de la

11. Ver Banco Mundial (1991) para una exposición de estas opiniones.

12. Además de grandes movimientos como aquel en contra de una represa en el río Namada en India, hay numerosos otros en escenarios más localizados en los cuales organizaciones comunitarias locales u ONG actúan en contra de intereses de "desarrollo" que a menudo son simplemente intereses comerciales privados. Ver Rush (1991) para una exposición de tales luchas en el contexto de los bosques de Asia; también Schmink y Wood (1992) y Peluso (1992).

degradación ambiental local¹³. Junto a gran parte del resto de los movimientos de mujeres del Tercer Mundo, estas organizaciones critican los actuales padrones de crecimiento económico y de la política de desarrollo y argumentan a favor de centrarse más en las necesidades y derechos básicos de los pobres.

Estas organizaciones generalmente reconocen la importancia (en el contexto de ingresos per capita muy bajos del Tercer Mundo) de desarrollar las potencialidades para el crecimiento económico. Tampoco niegan la importancia de la sustentabilidad ecológica. Pero en el entendido de que, en el mundo de hoy, la crisis dominante para la mayor parte de la población mundial es la crisis de supervivencia ocasionada por las desiguales estructuras económicas y políticas que existen tanto a nivel global como nacional. Argumentan, por lo tanto, que las estrategias para promover ya sea el crecimiento económico o la sustentabilidad ecológica —que van en contra de las necesidades básicas, el sustento de vida, o la inclusión política de los menos poderosos de la sociedad—, son susceptibles de ser inequitativas, y en última instancia contraproducentes en relación a sus propios términos¹⁴.

Por otra parte, piensan que las estrategias económicas adecuadas a las necesidades de la mayoría, y políticamente incluyentes en su concepción pueden ser ecológicamente sustentables.

¿Qué lecciones se pueden sacar de esta descripción del debate sobre desarrollo en marcha? Primero, que una política de desarrollo no es un simple asunto de un arreglo de economía de oferta (*supply-side*), sino que requiere que se preste atención tanto a la oferta como a la demanda; en particular, las políticas que apuntan a mejorar el manejo macroeconómico o a aumentar el crecimiento del PNB ignorando o empeorando los ingresos y los medios de vida de la mayoría no son ni política ni económicamente sustentables. Segundo, que una economía de oferta (*supply-side*), de chorro (ya sea a nivel nacional o internacional), beneficia desproporcionadamente a unos pocos mientras margina a muchos. Tercero, que un programa de política que se centre directamente en el alivio de la pobreza y en las necesidades básicas no sólo promueve la justicia y la equidad, sino que pone una firme base para el desarrollo de los recursos humanos, sin los cuales ningún país puede esperar progresar. Cuarto, que para los programas de desarrollo los métodos burocráticos de orden y mando son ineficaces, insensibles y a menudo coercitivos.

Estos cuestionamientos a la experiencia con las políticas de desarrollo y las lecciones derivadas de ella hay que tenerlos en mente cuando

13. Para encontrar ejemplos, ver Agarwal (1991).

14. Así, por ejemplo, es poco probable que una política nacional de energía que no tome adecuadamente en cuenta las necesidades de combustible de los pobres sea sustentable.

abordamos el tema población, porque la cuestión de población en realidad es un sub-tema dentro del desarrollo, y como tal, está siendo continuamente enmarcado en el contexto de uno u otro enfoque del discurso sobre desarrollo. Algo de esta compleja historia del debate acerca de las vinculaciones entre población y desarrollo se abordan en las siguientes secciones.

POBREZA Y POBLACIÓN

POBLACIONISTAS VERSUS DESARROLLISTAS

Durante los últimos años '60 y gran parte de los '70 el principal debate en el campo de la política de población se centró en el impacto de la pobreza sobre el crecimiento poblacional. Anteriores explicaciones de transiciones demográficas en distintos países subrayaban el papel que jugaba el crecimiento del ingreso per capita primero en la reducción de la tasa de mortalidad y luego en la tasa de fertilidad. Si la pobreza (en el sentido de ingresos per capita bajos) era considerada el principal factor detrás de las altas tasas de muerte y natalidad, entonces la solución tenía que ser crecimiento económico, ayudado por fuertes programas de planificación familiar, que hicieran ampliamente asequibles los anticonceptivos y el conocimiento sobre ellos.

Por otra parte, el crecimiento descontrolado de la población era considerado un lastre para el crecimiento económico a través de una serie de mecanismos, como la disminución de las tasas de ahorro interno y la distracción de fondos que debían destinarse a la inversión productiva¹⁵. Claramente esta tradicional visión "poblacionista" percibía el crecimiento económico como una necesidad y como una condición suficiente para reducir el crecimiento poblacional, si se combinaba con un amplio acceso a métodos de control de la natalidad a través de la planificación familiar. Los aumentos del ingreso per capita generarían una demanda de anticonceptivos que tenía que ser equiparada por una mayor oferta proporcionada por los servicios de planificación familiar.

Para finales de los años '60 y comienzos de los '70, esta opinión fue sometida a una creciente presión debido a que se percibía la incapacidad de los programas de planificación familiar para reducir las tasas de natalidad. Evidencia comprobada en terreno, de anticonceptivos tirados por ahí sin usar en hogares rurales (que los funcionarios de planificación familiar habían creído que eran deseosos receptores de tecnologías para el control de la natalidad), señalaba la urgente necesidad de dirigir una mirada nueva tanto a las políticas como a los programas. No sólo la base de investigación

15. Ver Demeny (1992) para dar una mirada a parte de lo escrito en la temprana post Segunda Guerra Mundial acerca de las consecuencias del crecimiento poblacional.

micro-social y, en particular, de investigación antropológica requería ser fortalecida, sino que parecía necesario repensar las estrategias de macro-desarrollo que enmarcaban las políticas de población. El renovado debate acerca de la precisa naturaleza de las vinculaciones entre desarrollo socio-económico y crecimiento poblacional culminó con una importante revisión del pensamiento ocurrida durante la Conferencia Mundial sobre Población en 1974 en Bucarest.

Como hemos visto, la década del '70 fue un período de considerable repensamiento de la política de desarrollo a nivel internacional. La creencia en el crecimiento económico como panacea para todos los problemas de desarrollo había quedado muy desacreditada. En este clima de fermento y cuestionamiento a las ortodoxias existentes, el aforismo acuñado en Bucarest de que "el desarrollo es el mejor anticonceptivo" se convirtió en el precursor de un nuevo pensamiento acerca de las vinculaciones entre crecimiento poblacional y desarrollo. El énfasis se desplazó del aumento del ingreso per se al mejoramiento de la salud en general (de los niños en particular) y de la educación (especialmente de la mujer), como claves para reducir las tasas de mortalidad de lactantes y niños, y con ello sentar las bases para reducir la "demanda" de niños e incrementar la receptividad a las tecnologías anti-conceptivas. El debate de esa época en torno a la política a seguir contraponía un énfasis estratégico en la salud y educación a un énfasis en el aumento de la disponibilidad, vale decir, la oferta de servicios de planificación familiar. Si bien la visión "desarrollista" también creía en la importancia de la planificación familiar, ponía mayor énfasis que hasta entonces en elevar la demanda de planificación familiar a través de mejor salud y educación.

Este debate alimentó un significativo volumen de investigación nueva sobre los micro-fundamentos de las decisiones de fertilidad, así como un análisis que atravesaba todos los países de las causas del cambio poblacional.

Como resultado parcial, la década de los '80 vio surgir una visión más sintética de las vinculaciones entre población y desarrollo. El mejoramiento del acceso de las personas a un ingreso seguro, más que un crecimiento económico nacional alto per se, comenzó a ser visto como vinculado a las mejoras en salud y educación¹⁶.

Pero las realidades económicas de los años '80 propinaron un rudo contragolpe a esta síntesis emergente. Muchos países de América Latina y de África subsahariana en particular, y hasta de Asia (donde las tasas globales de crecimiento económico tendían a ser las más altas) sufrieron significativas disminuciones en el gasto gubernamental real en los sectores sociales¹⁷. Una vez más comenzó a afirmarse la primacía del crecimiento

económico para asentar las bases para aliviar la pobreza y satisfacer las necesidades sociales¹⁸.

Los que toman las decisiones a nivel internacional en instituciones como el Banco Mundial parecían creer que entre crecimiento económico y mejoramiento de los sectores sociales existía más bien la opción de uno u otro que una complementación. Esta creencia tendía a ignorar la dimensión tiempo del problema; la inversión en salud y educación, así como en mucha otra infraestructura social rinde su fruto en el mediano y largo plazo; igualmente, algunos de los efectos más dañinos de no invertir en el sector social también tienden a hacerse sentir en el largo plazo. La salud y la educación, junto con otras necesidades básicas, pueden contribuir a elevar la calidad de la fuerza de trabajo de un país, la que a la larga puede volverse crítica para determinar su crecimiento potencial y su competitividad. Así, aunque obviamente en el gasto corriente de un país uno puede ver una absoluta opción de gasto, o en los sectores económicos o en los así llamados sectores sociales, incluso la distinción entre "económico" y "social" podría hacerse más borrosa en el largo plazo.

Más importante desde la perspectiva de las vinculaciones entre crecimiento poblacional y desarrollo, es que la falta de inversión real en los sectores sociales, como la ocurrida durante los años '80 y que persiste en una serie de países, podría frenar el ritmo de la disminución de la mortalidad y la fertilidad en los países más pobres. Por eso, la política de población influenciada por el pensamiento "desarrollista" que creció después de Bucarest, y las tendencias dominantes de reformas económicas estructurales, parecen contraponerse¹⁹.

Estos problemas por el lado de la demanda de planificación familiar se han visto equiparados por problemas igualmente graves por el lado de la oferta, provenientes de un concertado ataque a las instituciones de planificación familiar por parte de la derecha fundamentalista. El hecho de que las batallas políticas internas en Estados Unidos en torno a las opciones re-productivas de las mujeres y a su autonomía de decisión alcanzara la arena internacional durante y después de la Conferencia sobre Población en Ciudad de México en 1984, significó un relativo estancamiento en el financia-

16. Ver Krishnan (1992) para un ejemplo.

17. Ver Jolly et al (1991).

18. Para un ejemplo de esto ver el *World Development Report 1990*. Aunque este informe fue alabado porque parecía indicar una renovada sensibilidad del Banco Mundial ante el problema de la pobreza tras casi una década de concentrarse en el ajuste estructural, uno de sus mensajes básicos es que es mejor abordar la pobreza elevando las tasas de crecimiento económico antes que a través de programas anti-pobreza directos. Estos últimos, argumenta el informe, deben dirigirse a los desposeídos.

19. En el enfoque del Banco Mundial esta contradicción es abordada concentrándose en la necesidad de aumentar la "eficiencia" del gasto en el sector social, con metas más afinadas y mayor eficiencia. Por muy digno de aplauso que esto pueda ser al sustentar el principio de un manejo más eficiente, en la práctica llevó a la reducción del gasto per capita en países cuyo gasto social ya era inadecuado.

miento del gobierno de Estados Unidos a la ayuda para planificación familiar tanto bilateralmente como a instituciones multilaterales²⁰. Como hasta entonces el gobierno de Estados Unidos había sido tanto la fuente más importante de fondos como el principal sostenedor de la importancia de la planificación familiar, esto causó considerable preocupación en la comunidad que se ocupa de la cuestión población. Los intentos de recuperar los fondos del gobierno de Estados Unidos para la planificación familiar se han convertido en el ítem singular más importante de la agenda de muchos dentro del "establecimiento" de la planificación familiar. También se han dado argumentos que implican que preocuparse por la *calidad* de los servicios de planificación familiar es un lujo impagable en momentos de estrechez financiera.

Esta forma simplista de algunas instituciones de enfocar el aumento del financiamiento de la planificación familiar ha encontrado considerable oposición. Como se dijo anteriormente, durante los años 1970 y 1980 una creciente red internacional de la salud de la mujer, asentada en la base, impugnó articuladamente la calidad de los programas y políticas tradicionales de planificación familiar. Este cuestionamiento tiene tanto un componente teórico basado en el análisis de las relaciones de género, como un componente empírico basado en las experiencias concretas de las mujeres con los programas de planificación familiar.

LA PERCEPCIÓN DE LA MUJER GÉNERO EN EL TEMA DE POBLACIÓN

Enfoques de políticas: En la historia de las políticas de población, la mujer ha sido vista típicamente en una de tres formas. La más estrecha de éstas es considerar a la mujer como el principal "objetivo" de los programas de planificación familiar; el cuerpo de la mujer como el lugar de la reproducción, y por lo tanto como el ámbito obligado de la tecnología anti-conceptiva y de la manipulación reproductiva. La historia temprana de los programas de población está repleta de ejemplos de tales visiones; pero incluso más recientemente, la "objetificación" del cuerpo de la mujer como objeto apropiado para la re-ingeniería reproductiva, sin mediar un reconocimiento de la mujer como sujeto social, sigue su curso²¹.

Una segunda visión de la mujer que se puso de actualidad tras la Conferencia sobre Población de Bucarest veía a la mujer como una potencial tomadora de decisiones, cuyas capacidades en el manejo de la atención infantil, de la salud infantil en particular, podían ser aumentadas por medio

20. Ver Conly et al (1991).

21. Ver Hubbard (1990).

de más educación. En este caso las mujeres comenzaron a ser vistas como sujetos sociales, pero la atención prestada a la educación de las mujeres no ha entrado (en la literatura sobre política de población) a considerar más a fondo las condiciones bajo las cuales se afianza la educación de las niñas en una sociedad ni, por lo tanto, el grado en el que la educación está incrustada en procesos y estructuras sociales más grandes. Aunque esta visión representaba alejarse un paso de la objetificación, la mujer seguía siendo percibida como un medio para un fin demográfico, convirtiendo en incidentales para el proceso sus propias necesidades de salud y reproductivas.

Una tercera visión surgida en los años 1980 se centró en la mortalidad materna como importante justificación de salud para la planificación familiar. Esta visión, que estuvo en el centro de la iniciativa Maternidad Sin Riesgos, trató de emplear una justificación de salud para la planificación familiar sobre la base de las tasas de mortalidad materna. En la práctica, la iniciativa ha recibido relativamente poco financiamiento o apoyo.

Enfoques conceptuales: Las teorías económicas de fertilidad están estrechamente asociadas con la "nueva" economía del hogar. Sentando como premisa que para sus padres los niños son fuente tanto de costos como de beneficios, tales teorías argumentan que los padres determinan el número "óptimo" de sus hijos basados en un margen de equilibrio entre costo y beneficio. Como descripción de las diferencias entre sociedades en las que los niños son considerados como una fuente de ingresos tanto presentes como futuros, versus aquellas en las que los niños son esencialmente un costo para sus padres (compensado por una medida de satisfacción psicológica pero no por un flujo significativo de ingreso en dinero), esta teoría es de una atractiva simplicidad. Pretende explicar por qué las primeras sociedades pueden estar más a favor de la natalidad que las últimas. Sugiere también que sacar a los niños del trabajo infantil (una fuente de ingreso para los padres), desplazándolos a la escuela (un costo para los padres) podría funcionar para reducir la fertilidad.

Tales teorías han sido criticadas por una serie de razones²². La crítica principal se centra en la suposición de que la fertilidad efectiva es el resultado de opciones tomadas por una unidad doméstica homogénea, libre de relaciones de poder y autoridad basadas en el género y en la edad. Una vez que se reconoce que tales relaciones existen —y hay suficiente evidencia antropológica e histórica de su existencia—, la base de la toma de decisiones al interior de los hogares tiene que ser repensada en términos de diferenciadas ganancias y pérdidas en el corto plazo para los diferentes miembros, así como de las opciones estratégicas de los miembros dominantes, los cuales protegerán y se asegurarán de la persistencia de su dominación. Por

22. Para una tal crítica ver Folbre (1988).

ejemplo, si los costos de la crianza de un niño aumentan, *ceteris paribus*, el impacto sobre la fertilidad puede ser poco, si los mayores costos son en gran medida asumidos por miembros subordinados del hogar (tales como mujeres más jóvenes), los cuales no tienen mucho que decir en la toma de decisiones del hogar.

Tradicionalmente, en muchas sociedades los costos de una alta fertilidad en términos de la salud de la mujer y del peso del trabajo son raramente reconocidos como tales, en tanto los beneficios —en términos de acceso a un mayor volumen de trabajo de niños subordinados o del prestigio social inherente al hecho de ser el padre de muchos hijos— sigan adjudicándose a hombres. Tales relaciones de autoridad se ven aún más cimentadas por las ideologías que vinculan el estatus personal de una mujer dentro del hogar autoritario a su fertilidad. Modelos imaginario-teóricos más nuevos de comportamiento del hogar²³ proveen teorías más interesantes y complejas que dan mejor cuenta de la distribución diferenciada de todo tipo de bienes así como de las ganancias y pérdidas al interior del hogar. Sin embargo, hasta ahora éstas no han generado explicaciones adecuadas de los resultados de fertilidad²⁴.

EN CONTRA DE LA CORRIENTE:

RELACIONES DE GÉNERO Y DERECHOS REPRODUCTIVOS

Muchos de los influyentes enfoques de la teoría y la política en el campo población han sido menos que capaces o han estado mal equipados para enfrentar la complejidad y penetrabilidad de las relaciones de género en los hogares y en las economías y sociedades dentro de las cuales funcionan. Tanto investigadoras como activistas feministas dentro de los movimientos de salud de la mujer han estado intentando cambiar los términos del debate y ampliar su ámbito. Una parte importante de este cuestionamiento es la crítica a la política de población y a los programas de planificación familiar acusándolos de ser parciales (en términos de género, clase y raza) en sus objetivos básicos y en los métodos que usan predominantemente.

Definir un objetivo social de limitar la población²⁵ sin reconocer que la reducción del tamaño de la familia puede acarrear costos que son diferenciados según las clases sociales y grupos de ingresos es algo que ha sido

23. Ver Sen (1987).

24. Un enfoque teórico distinto que da mejor cuenta de los cambios de patrones de las transferencias inter-generacionales y, por lo tanto, de las jerarquías basadas en la edad, se encuentra en la obra de Caldwell y Caldwell (1987).

25. O, en el caso de muchas partes de Europa, de expansión de la población a través de mayor fertilidad.

criticado desde hace tiempo²⁶. En particular, lo probable es que tales costos sean menos que transparentes en regímenes políticos no democráticos o hasta en estados democráticos donde los costos caen desproporcionadamente sobre grupos que son marginales por razones étnicas o raciales y por lo tanto no tienen suficiente voz²⁷.

La política de población también ha sido criticada por algunos por ser más un sustituto que un complemento de estrategias de desarrollo económico que son de amplia base en la asignación tanto de beneficios como de costos. Por ejemplo, si se persuadiera u obligara a campesinos empobrecidos a limitar el tamaño de sus familias partiendo de la premisa de que su pobreza es resultado de la alta fertilidad e independiente del posible efecto causal de patrones de tenencia de la tierra y procesos de comercialización sesgados, o del desigual acceso a los recursos de desarrollo, resulta dudoso que el tener familias más pequeñas los hiciera más o menos pobres.

La crítica se vuelve menos complicada una vez que se introduce la dimensión género. A veces los que critican la política de población basándose en razones de clase han sido tan ciegos al género como la propia política implementada. Puede que tener muchos niños sea un imperativo económico para una familia pobre en determinadas circunstancias, pero los costos de gestar y criar niños aún lo cargan en forma desproporcionada las mujeres de la casa. Las preocupaciones de género no pueden quedar sumergidas bajo las preocupaciones de clase, tal como estas últimas no pueden quedar ocultas bajo la noción de preocupaciones homogéneas de carácter nacional o global. Las feministas que critican la política de población cuestionan fuertemente las estrategias de desarrollo que ignoran o explotan a mujeres pobres, al tiempo que las convierten en blanco principal de los programas de población. Pero no creen que los intereses de las mujeres pobres en el área de la reproducción sean idénticos a los de los hombres pobres.

En términos generales la crítica feminista concuerda con muchas otras críticas en que el control de la población no puede convertirse en sucedáneo de abordar directamente la crisis de la supervivencia económica que enfrentan muchas mujeres pobres. Reducir el crecimiento poblacional no es una condición suficiente para elevar el sustento de vida o satisfacer las necesidades básicas²⁸. En particular la crítica relativiza el argumento de que reducir la fertilidad reduce los riesgos de salud de la mujer pobre y por lo

26. Para una influyente crítica temprana ver Mamdani (1974).

27. Ver Scott (s.f.) para una mirada a los usos en Norplant en Estados Unidos contemporáneo.

28. Incluso una rápida disminución de la fertilidad puede a veces ser indicativa de una estrategia de desesperación de parte de los pobres que ya no pueden acceder a los recursos complementarios necesarios para poner en uso la fuerza laboral de los niños.

tanto satisface una importante necesidad básica. *Esto sería verdad siempre que los medios empleados para reducir la fertilidad no aumentaran ellos mismos los riesgos de salud que enfrentan las mujeres, o si fueran considerable y conocidamente menores que los riesgos de la gestación.* Los críticos argumentan que para que los programas de planificación familiar hagan esto, en el futuro tendrán que funcionar en forma distinta a como han funcionado en el pasado.

La crítica más de trinchera cuestiona los *objetivos* (control de población antes que salud y dignidad para la mujer, y a menudo a costa de éstas), las *estrategias* (teniendo la planificación familiar preeminencia sobre la atención primaria y preventiva de salud en los presupuestos y prioridades de ministerios y departamentos), los *métodos* (uso de incentivos individuales y falta de incentivos tanto para las poblaciones que son el "blanco" como para el personal del programa, fijar objetivos y cuotas al personal de terreno, coerción abierta, predominio de "campamentos" y ausencia de atención médica ya sea antes o después, inadecuado control de efectos colaterales), y los *métodos de control de la natalidad* (un estrecho rango de métodos de prevención de la natalidad, tecnología que no ha sido adecuadamente puesta a prueba para ser segura, o que no ha pasado los controles reguladores de los países del Norte) promovidos y suministrados a través de programas. Un debate hoy día amplio en torno a la "calidad de la atención" se ha centrado particularmente en lo que implican los métodos de programas alternativos y las técnicas de control de la natalidad para la calidad de los servicios de programas de la familia²⁹. Evaluaciones más afinadas de los objetivos y estrategias de la política de población los han hallado culpables de prejuicios de clase, raza/etnicidad y género³⁰.

Vistas como una estrategia de desarrollo, los críticos ven que las políticas de población generalmente caen dentro de una clase de estrategias que son "de arriba hacia abajo" en su orientación, y en gran medida se desprecupan de (y a menudo violan) las necesidades básicas o los derechos humanos de las poblaciones tomadas como blanco. Incluso la preocupación de los desarrollistas por mejorar la salud infantil y la educación de la mujer ha recibido poco apoyo real de los programas de población, pese a la mucha investigación y al extenso debate de políticas que ha generado.

La perspectiva crítica aduce que ignorar co-requisitos tales como la justicia económica y social y la salud reproductiva y los derechos de la mujer hace además que el objetivo declarado de las políticas de población, vale decir, un cambio en las tasas de natalidad, sea difícil de alcanzar.

Allí donde a pesar de esto las tasas de natalidad sí disminuyen (o suben

según sea el caso), el logro se obtiene con métodos fuertemente coercitivos, y se contraponen a la salud de la mujer y de la dignidad humana. Los defensores de la salud de la mujer abogan por un enfoque diferente de las políticas de población; uno que centre más el foco de estas políticas y programas en la salud de la mujer y en otras necesidades básicas, y que al hacerlo eleve el bienestar humano, transforme las relaciones opresivas de género, y reduzca las tasas de crecimiento poblacional³¹.

En todo el mundo surgen cada vez más positivas declaraciones acerca de lo que podrían abarcar los derechos humanos en el área de la reproducción³². Muchas de estas declaraciones son cultural y contextualmente específicas, pero generalmente comparten una crítica a los programas de población existentes, y tienen un común entendimiento de los principios alternativos. Muchas privilegian la perspectiva de la mujer pobre, aunque reconocen que los derechos reproductivos de todas las mujeres en la mayoría de las sociedades son menos que satisfactorios. Por eso, su intento de remodelar las políticas y programas poblacionales es además una lucha por redefinir el desarrollo mismo, para que responda más a las necesidades de la mayoría.

ENTRAN LOS AMBIENTALISTAS

La preocupación ambientalista por el crecimiento de la población es anterior al debate suscitado por la Conferencia de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo. Probablemente algunos de los más influyentes documentos tempranos fueran *Limits to Growth* (Límites al Crecimiento) del Club de Roma y *The Population Bomb* (La Bomba Poblacional) de Ehrlich y Ehrlich³³. El interés por la capacidad de carga global y local frente a los crecientes tamaños y densidades de la población humana hizo surgir una considerable literatura, tanto científica como popular. Desgraciadamente, la literatura popular y activista ha tendido a ignorar algunos de los importantes debates antropológicos acerca de la capacidad de carga, así como a no considerar lo no concluyente de la evidencia empírica que vincula el cambio ambiental con el crecimiento poblacional³⁴. Más aun, tiende a tratar las vinculaciones entre población y medio ambiente como simple-

29. Ver Bruce (1989).

30. Ver Hartmann (1987).

31. Ver Gennain y Ordway (1989).

32. Ver Petchesky y Weiner (1990).

33. Ver Ehrlich (1969).

34. Ejemplos de lo primero son Little (1992), Blaikie (1985); de lo segundo, Shaw (1989) y NU (1992). Este último argumenta, por ejemplo, que "el no tomar plenamente en cuenta los posibles efectos de otros factores que podrían contribuir a la degradación ambiental caracteriza muchos análisis de las interrelaciones población-medio ambiente a nivel nacional y global, limitando así su valor en la evaluación del impacto de las variables demográficas".

29. Ver Bruce (1989).
30. Ver Hartmann (1987).

mente matemáticas, vinculando número de personas con sus ambientes a través de la tecnología.

Pero en el campo población el argumento tanto de los desarrollistas como de los defensores de la salud y de los derechos de la mujer ha sido precisamente que la población no es una cuestión de números, sino de complejas relaciones sociales que gobiernan la natalidad, las muertes y las migraciones. Las interacciones de las personas con sus entornos ambientales pueden capturarse sólo parcialmente por simples relaciones matemáticas que no toman en cuenta la distribución de recursos, ingresos y consumo; por lo tanto tales relaciones matemáticas por sí mismas pueden resultar inadecuadas para predecir resultados, o como orientaciones para diseñar las políticas³⁵.

Más aun, desde el punto de vista de una política, la modelación más precisa de las interacciones población-medio ambiente hasta ahora no ha proporcionado una mucho mejor orientación acerca de políticas o programas de población apropiados. Ignorar las fuertes disparidades en las tasas de crecimiento del consumo entre ricos y pobres *dentro* de los países en desarrollo y en consecuencia sus impactos ambientales relativos, así como desoir las críticas de los defensores de la salud de la mujer reseñadas en las secciones anteriores, conduce a recetas monocordes de políticas dirigidas una vez más simplemente a incrementar el financiamiento y los esfuerzos en favor de la planificación familiar. *El salto desde relaciones entre población y ambiente sobreagregadas a recetas de políticas que favorecen una mayor planificación familiar se convierte entonces en una opción implícita de políticas, con un enfoque particular de la política de población, de la política ambiental, y del desarrollo.* Por el hecho de pasar por alto tantas cuestiones fundamentales de relaciones de poder, género y clase, y de distribución, y por ignorar la experiencia histórica de los programas de población, ha llegado a ser considerada por muchos como un paso atrás en el discurso sobre población-desarrollo.

ACTORES EN LA CUESTIÓN POBLACIÓN

La exposición precedente sugiere que los siguientes son actores importantes en el campo población. Los primeros son los especialistas en población que tradicionalmente se han centrado en el tamaño y crecimiento de la población, en las estructuras de edad, migración, y composición de la población. En general entran en el discurso sobre desarrollo en primer

35. Un ejemplo es la bien conocida ecuación Ehrlich-Holdren, I igual PAT, que vincula el impacto ambiental (I) con el crecimiento poblacional (P), el crecimiento de la prosperidad (affluence)/consumo per capita (A) y la eficiencia tecnológica (T).

término a través de su preocupación por el impacto que el crecimiento de la población podría tener sobre las tasas de crecimiento económico. A ello se suma que las proyecciones sobre población se diagraman según las necesidades de planificación en áreas tales como producción de alimentos, energía y otra infraestructura, como también salud, educación, etc. Se puede decir que esta diagramación corresponde a un tipo de simples modelos de planificación matemática, que habitualmente ignoran los problemas de distribución (basados como tienden a estarlo en necesidades y disponibilidades *per capita*), así como los aspectos sociales e institucionales para hacer que un plan realmente funcione.

El segundo grupo lo conforman los desarrollistas, que se centran menos en el impacto de los cambios demográficos y más en los pre-requisitos para un descenso sostenido de la mortalidad y la fertilidad. En particular subrayan la importancia de mejorar la salud y la educación de la mujer. Representan así una importante revisión de los enfoques tradicionales de la cuestión población, pero demasiado a menudo no llegan a abordar el problema de la sustentabilidad o de los sustentos de vida.

Un tercer grupo, los fundamentalistas, adquirió cada vez más importancia en el campo de la población durante los años '80, ganando legitimidad política a través de sus vinculaciones con organizaciones políticas de corriente principal. Su primer interés no está en el tamaño o crecimiento de las poblaciones, sino más bien en el control sobre la reproducción y una conservadora preocupación por preservar estructuras familiares tradicionales y los roles de género. Independientemente de los sobretonos morales del debate sobre el aborto en Estados Unidos, su interés en la procreación parece derivar en gran medida de una oposición a cambiar las relaciones de género en la sociedad.

El cuarto grupo lo constituyen los ambientalistas del Norte. A riesgo de pecar de simplista, se podría argumentar que muchos de estos individuos y grupos se centran principalmente en las vinculaciones entre el crecimiento económico y la sustentabilidad ecológica por un lado, y el tamaño y crecimiento de las poblaciones por el otro.

El quinto grupo importante de actores lo conforman los grupos de salud de la mujer surgidos ya sea del movimiento feminista o de otros movimientos sociales u organizaciones populares. Lo que distingue su forma de entender el problema de población es que lo definen como una cuestión en primer término de derechos reproductivos y de salud reproductiva, en el contexto de sus sustentos de vida, necesidades básicas y participación política. A menudo reconocen que corresponde preocuparse del crecimiento económico y de la sustentabilidad ecológica, pero piensan que éstos deben ser vistos en el contexto de los derechos reproductivos y de la salud. En particular, al definir los temas, problemas y estrategias, muchos de ellos dan

mayor importancia a las necesidades y prioridades de la mujer pobre.

Cada uno de estos conjuntos de actores en la cuestión población tiene una visión de la misma que es coherente con una visión particular de desarrollo; de hecho tienden a coincidir con conjuntos particulares de actores del desarrollo, y a encontrar un nicho dentro de un particular conjunto de ideas sobre desarrollo. Por ejemplo, los poblacionistas se sienten atraídos hacia los problemas del crecimiento económico, los desarrollistas hacia los temas de las necesidades básicas, y los activistas de la salud de la mujer hacia los problemas de los sustentos de vida, las necesidades básicas y la participación política. Muchos ambientalistas del Norte, por otro lado, tienden a ver la cuestión población solamente a través del lente de la sustentabilidad ecológica, y esto explica gran parte de la discrepancia entre sus visiones y las de los grupos de base del Sur.

HACIA UNA MAYOR SINERGIA ENTRE AMBIENTALISTAS Y FEMINISTAS

A pesar de las discrepancias provocadas por el debate sobre población-medio ambiente, entre feministas y ambientalistas hay mucho en común en sus visiones de sociedad y en los métodos que emplean. Ambos grupos (o por lo menos sus alas más progresistas) tienen una postura sanamente crítica hacia padrones de crecimiento económico ecológicamente licenciosos e inequitativos, y han estado tratando de cambiar las percepciones predominantes a este respecto. Ambos usan métodos que se apoyan en la movilización y participación de base y son por lo tanto sensibles a la importancia de la apertura y el compromiso políticos. Así, ambos creen en el poder del conocimiento ampliamente difundido y en el derecho de las personas a estar informadas y a participar en decisiones que afectan sus vidas y las de las naciones del planeta. De hecho, hay muchas feministas dentro de los movimientos ambientalistas (en el Norte y en el Sur) y ambientalistas dentro de movimientos feministas.

Un mayor entendimiento mutuo respecto a la cuestión poblacional puede resultar de un reconocimiento de que el nudo del problema es el de desarrollo, *dentro* del cual está inextricablemente fundido el asunto población. Privilegiar la perspectiva de la mujer pobre puede ayudar a anclar este reconocimiento en las realidades de las vidas y sustentos de vida de muchos en el Sur. Vistas a través de un prisma así, algunas de las lecciones más importantes que se derivan de los programas de población se pueden recapitular como sigue:

a) que las políticas de población que son impulsadas de arriba hacia abajo y burocráticamente, sin atender a las lecciones que surgen de la base (sea con objetivos demográficos explícitamente declarados o con objetivos

de salud/bienestar) tienden a ser ineficaces de por sí, y riesgosas o directamente dañinas para los objetivos de salud y de derechos humanos;

b) que la salud de la mujer (y si es por eso la del hombre) tiene que ser abordada de una manera integral, porque hay muchas sinergias positivas y negativas entre la salud general y la salud reproductiva. Para la mujer en particular, determinantes de la salud general tales como acceso a la atención y servicios de salud, estado nutricional, cantidad de trabajo físico duro y fatiga, la calidad del entorno doméstico y de trabajo, y disponer de salubridad/agua pura/buena vivienda, son difíciles de separar —en un marco de políticas— de los determinantes más próximos de la salud reproductiva como son el acceso a la atención y servicios de salud reproductiva, embarazo y prácticas relacionadas con la natalidad, el tipo y calidad de los anticonceptivos, y conducta y práctica sexual/marital. Esto funciona en ambos sentidos: *los mejoramientos en la salud general y en la reproductiva se refuerzan recíprocamente;*

c) que hay relaciones positivas entre el mejoramiento de la salud y la conducta de la fertilidad;

d) que hay relaciones positivas entre la dignificación y autonomía de la mujer, la conducta sana y los resultados y reducción de la fertilidad; y

e) que es mejor ver la salud reproductiva como un derecho humano básico y con ello como *un fin en sí mismo* que verla como un instrumento para cumplir objetivos demográficos.

En el contexto de población y desarrollo esto significa que la cuestión población debe ser definida como el derecho a determinar y tomar decisiones reproductivas en el contexto de contar con *sustentos de vida seguros, las necesidades básicas (incluida la salud reproductiva) y participación política*. Aunque en la mayoría de los países del mundo la realidad actual podría estar muy lejos de tal ideal, una reafirmación de los valores básicos proveería los puntales necesarios para una política y para la acción.

Tales valores implican, primero que todo, que el crecimiento económico y la sustentabilidad ecológica deben ser tales que aseguren los sustentos de vida, las necesidades básicas, la participación política y los derechos reproductivos de la mujer, y no que funcionen en su contra. Así, la sustentabilidad ambiental debe ser conceptualizada de manera que apoye y sustente las vidas y necesidades básicas, y no de formas que automáticamente contrapongan la "naturaleza" contra la supervivencia de los actualmente más vulnerables. *Allí donde optar entre estas diferentes metas sea lo que se hace o sea inevitable, los costos y pesos no deben caer sobre los más pobres y más vulnerables, y todas las personas deben tener una voz para negociar resoluciones a través de procesos políticos abiertos y genuinamente participativos*. Más aun, las estrategias ambientales que mejoran los sustentos de vida y satisfacen las necesidades probablemente puedan ayudar a sentar las

bases para la reducción de la mortalidad y de la fertilidad.

Segundo, los programas de población y planificación familiar deberían enmarcarse en el contexto de las agendas de salud y vida, deberían prestar seria atención a los defensores de la salud de la mujer, y apoyar la salud reproductiva y los derechos de la mujer. Esto debe ser más que simples declaraciones; requiere reorientar la asistencia internacional y las políticas nacionales, reformar los programas y repensar los temas y metodologías de investigación. Usar el lenguaje del bienestar, equidad de género o salud, y al mismo tiempo seguir abogando por la planificación familiar como siempre no dará satisfacción a las necesidades.

Tercero, las estrategias de salud reproductiva son susceptibles de mejorar la salud de la mujer y hacer que pueda tomar decisiones de fertilidad socialmente viables, si se ponen en el contexto de una agenda que en general apoye la salud y el desarrollo. Allí donde la salud general y el desarrollo social tienen poco financiamiento o se les asigna una baja prioridad —como ha ocurrido en las agendas de desarrollo de muchas importantes agencias de desarrollo y muchos países durante la última década— es poco probable que los derechos y salud reproductivos obtengan el financiamiento y la atención que requieren, por más que se hable de ellos. Los programas de salud reproductiva serán además probablemente más eficaces si se atiende la salud general y el desarrollo. Una mujer pobre, asalariada agrícola, mal alimentada y anémica, posiblemente responderá mejor a la atención de su salud reproductiva si al mismo tiempo mejoran su estado nutricional y salud general.

Cuarto, al diseñar sus estrategias, el movimiento ambiental de la corriente principal del Norte tiene que concentrarse más particularmente en las relaciones de género y en las necesidades de la mujer, como también en los asuntos planteados por grupos minoritarios. Estas cuestiones (como las defendidas en Estados Unidos por personas indígenas y afro-estadounidenses) tienden a vincular los temas ambientales con las preocupaciones de vida y de necesidades básicas de una manera bastante parecida a como lo hacen las organizaciones populares del Sur³⁶. Mostrar más sensibilidad frente a lo uno, podría, por lo tanto, hacer que se tenga más conciencia de lo otro.

Una discusión y reconocimiento amplio de estos principios podría ayudar a cerrar algunas de las actuales brechas entre feministas y ambientalistas, y hacer posible construir coaliciones que hagan avanzar a ambas agendas.

Traducción: Choly Melnick

36. Discusión personal con V. Miller, co-fundador de West Harlem Environmental Action, de la ciudad de Nueva York.

